

Tratar de probar que Machado creía en la reencarnación es un poco como tratar de probar la existencia de Dios: mi intuición me dice que sí, pero hasta ahora no ha sido posible demostrarlo con pruebas inequívocas. Hay muchas cosas que sugieren la posibilidad de una creencia, pero debo admitir que algunos pasajes que voy a citar quizá se refieren no a la reencarnación, sino a la esperanza de tener nuevas experiencias en esta vida, o de tener otra vida en el sentido cristiano. No obstante, voy a presentar aquí unos ejemplos sugestivos de reencarnación, con la esperanza de que algunos, si no todos, sean suficientes para indicar una creencia verdadera.

Según Juan de Mairena, una de las revelaciones más importantes del Cristo fue que «El alma del hombre no es una entelequia, porque su fin, su *telos*, no está en sí misma» (p. 528). ¿Dónde está, pues, el fin del hombre, si no está en sí mismo? Tal vez Machado no puede contestar a esta pregunta directamente, pero sí poéticamente: la gran aventura del hombre es seguir el camino que lo conduce otra vez a la divinidad, como afirma en la última estrofa del poema CXLIV:

*Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre
la voluntad te llega, irás a tu aventura
despierta y transparente a la divina lumbre,
como el diamante clara, como el diamante pura* (p. 236).

A) *Las primeras poesías.*—Algunas de las primeras poesías parecen expresar la actitud pesimista, compartida por ciertas sectas del brahmanismo y del budismo, de que la vida es una larga peregrinación de vidas sucesivas de la que es casi imposible escapar. Este es el tema central del poema «Cenit», de la primera edición de *Soledades*, donde el poeta oye el canto del agua:

*Escucha bien en tu pensil de Oriente
mi alegre canturía,
que en los tristes jardines de Occidente
recordarás mi risa clara y fría.
Escucha bien que hoy dice mi salterio
su enigma de cristal a tu misterio
de sombra, caminante: Tu destino
será siempre vagar, ¡oh peregrino
del laberinto que tu sueño encierra!* (p. 37).

Esta es también la única manera de entender los últimos versos de «Glosa», el poema que cité en la introducción a este trabajo. El «placer de llegar» es el que el poeta siente al pensar en la posibilidad de romper la interminable cadena de las vidas soñadas. El «horror de

volver» es el de volver una vez más a esta vida, sin esperanza de llegar al fin de la larga peregrinación (19). Idéntico concepto se encuentra en «La noria»:

*Yo no sé qué noble,
divino poeta,
unió a la amargura
de la eterna rueda
la dulce armonía
del agua que sueña
y vendó tus ojos,
¡pobre mula vieja!* (XLVI, p. 99).

En este poema Machado ha utilizado la noria para simbolizar la *eterna rueda* del renacer, antiguo símbolo oriental para expresar la idea de la transmigración de las almas (20). La «mula vieja» es el hombre que sigue en el círculo vicioso de las vidas repetidas, sin poder alcanzar el apetecido éxtasis del estado de nirvana. El «agua que sueña» es quizá la ilusión del tiempo que pasa, mientras que los ojos vendados representan la inteligencia finita del hombre que solamente ve la realidad a través del velo de Maya.

Otro poema de la primera edición de *Soledades* contiene la misma actitud pesimista hacia la vida, pero en este caso la muerte ofrece la posibilidad de una salida. El poeta despierta después de una pesadilla y confronta el hastío de un nuevo día:

*Y a martillar de nuevo el agrio hierro
se apresta el alma en las ingratas horas
de inútil laborar, mientras sacude
lejos la negra ola
de misteriosa marcha
su penacho de espuma silenciosa...
¡Criaderos de oro lleva
en su vientre de sombra!... (p. 41).*

(19) Los críticos de este poema generalmente no hablan de los últimos versos, comentando solamente sobre los primeros que se refieren a Jorge Manrique. Los pocos comentarios sobre los últimos versos son incompletos o ambiguos. Por ejemplo, Rodrigo Alvarez Molina no menciona el «placer de llegar» y traduce el «horror de volver» como «volver en sí»; «Variaciones sobre Antonio Machado, el hombre y su lenguaje», Madrid, Insula, 1973, p. 31. Constantino Lascaris escribe sobre estos versos: «Me da lo mismo, para explicar estos versos, suponer una alusión a la doctrina que ese 'volver' hiciera alusión a volver, a tener conciencia, fuera en la forma que fuera»; «El Machado que se era nada», «La torre», XII, 45-46, p. 203.

(20) Para una descripción más completa de la importancia de este símbolo, véanse «Reincarnation in World Thought», op. cit., pp. 30-31; y C. G. Jung, «Memories, Dreams, Reflections» (New York, Pantheon, 1961), p. 316.

El poeta lamenta su «inútil laborar», porque el tiempo pasado —«las ingratas horas»— no le trae la esperanza de salir del laberinto soñado. Pero allá lejos avanza la negra ola que ha de envolverlo todo, y esta vez la muerte se ve como un consuelo, porque lleva en su vientre la promesa de vidas nuevas. El oro sugiere la esperanza de perfección futura, y los puntos suspensivos indican un tiempo que nunca terminará (21).

Más optimista también es «Renacimiento», poema que, como indica el título, vuelve a tratar el tema de la vida nueva:

*Galerías del alma... ¡el alma niña!
Su clara luz risueña;
y la pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva...
¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!
Y volver a sentir en nuestra mano,
aquel latido de la mano buena
de nuestra madre... Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva... (LXXXII, p. 129).*

Mucho se ha escrito sobre las «galerías del alma» de Machado, pero aquí como en otros poemas, la frase sugiere la idea de las distintas vidas por las que pasa el alma en su larga peregrinación. Si no fuera por lo que se dice en la tercera estrofa, éste sería uno de los poemás donde más claramente se expresa la idea de la reencarnación. Sánchez Barbudo cree que este poema expresa el deseo imposible de volver a la seguridad de la juventud perdida (22). Pero puede ser que Machado esperara tener, en una vida futura, la juventud que no ha tenido en ésta; recuérdese lo que dice en el poema L: «¡yo alcanzaré mi juventud un día!» (p. 103). Y la palabra «madre» no tiene que ser una referencia a su propia madre; habla más bien de «nuestra madre», la que bien puede ser algo como la Madre Naturaleza, origen de la vida en un sentido panteísta. Y en efecto, volver a nacer sería volver a «caminar en sueños», sintiendo otra vez la nostalgia de nuestro

[21] Menos fácil de explicar es el poema XXI. El poeta piensa en la hora de su muerte y escucha la voz del silencio que le dice: tú no verás el fin del tiempo — «tú no verás caer la última gota / que en la clepsidra tiembla» —, y algún día tendrás otra vida — «Dormirás muchas horas todavía / sobre la orilla vieja, / y encontrarás una mañana pura / amarrada tu barca a otra ribera» (p. 30) —. Los últimos versos pueden interpretarse según la teología cristiana: dormirás por muchos años después de la muerte hasta el día del Juicio Final; o pueden significar que todavía tendrás muchas vidas en este mundo —«la orilla vieja»— antes de reunirte con Dios en el otro.

[22] Antonio Sánchez Barbudo: «Los poemas de Antonio Machado», Madison, University of Wisconsin Press, 1969, p. 103.

Creador perdido que, a pesar de su pérdida, nos lleva todavía, y nosotros llevamos en el corazón.

Siguen fragmentos de otros tres poemas que el espacio no me permite comentar; pero cada uno contiene, como el lector podrá verificar, una sugestión de reencarnación:

... *el rostro del hermano se ilumina
suavemente: ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?... (I, p. 61).*

*Es una forma juvenil que un día
a nuestra casa llega.
Nosotros le decimos: ¿por qué tornas
a la morada vieja?... (XXXVI, p. 87).*

*Anoche cuando dormía
soñé, ¡bendita ilusión!,
que una fontana fluía
dentro de mi corazón.
Di: ¿por qué acequia escondida,
agua, vienes hasta mí,
manantial de nueva vida
en donde nunca bebí? (LIX, p. 111) (23).*

B) *Poesías de madurez.*—El pesimismo con el que Machado ve la idea de la reencarnación en algunas de sus primeras poesías no está presente en las obras de su madurez. Así, cuando vuelve a Andalucía lleno de melancolía después de la muerte de su esposa, la esperanza de una nueva vida representa un verdadero consuelo. Esta es la situación que Machado describe en el poema CXXV, cuando lamenta la pérdida de su infancia: tiene recuerdos, pero «falta el hilo que el recuerdo anuda/al corazón.../ o estas memorias no son alma»; tienen, además, «señal de ser despojos de recuerdo,/la carga bruta que el recuerdo lleva». No importa, sin embargo, que estos recuerdos sean inauténticos, no importa que sean meros reflejos del ser ori-

(23) Rodrigo Alvarez Molina ha intentado demostrar que hay una relación entre el poema LIX y las «Moradas» de Santa Teresa; declara además que el poema contiene «una alegoría de las tres vías místicas»; op. cit., p. 33. Sin embargo, ni la estructura, ni el contenido del poema corresponden muy estrechamente a las tres etapas del proceso místico. Los símbolos principales —fuente, abejas, luz— aparecen en muchas poesías de Machado, donde no hay una sugestión de unión mística ni influencia de Santa Teresa. Ya he observado que las «doradas abejas» de la segunda estrofa pueden ser un símbolo de la ley del karma (véase la nota 14). En fin, antes de aceptar una interpretación únicamente cristiana para este poema, habrá que estudiarlo sistemáticamente, a la luz de las ideas expuestas en el estudio presente.

ginal; porque, un día, el ser del pasado será recobrado con toda su pureza inicial:

*Un día tornarán, con luz del fondo ungidos
los cuerpos virginales a la orilla vieja (p. 193).*

Tres años después de su traslado a Baeza, Machado recibe la noticia de la muerte de su antiguo maestro en la Institución Libre de Enseñanza. Entonces escribe un poema y un artículo en prosa, dedicados «A don Francisco Giner de los Ríos». En ambas obras el tono es optimista y alentador. Cito primero del poema:

*¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced campanas!
Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba... (CXXXIX, p. 229).*

En el pasaje correspondiente del artículo en prosa, Machado escribe: «Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética—, sin salvación posible los malvados y los farsantes» (24). Puede entenderse por qué Machado nos pide perdón, porque pocas veces se ha expresado de un modo tan abierto, en un escrito destinado al público, sobre su fe heterodoxa. Machado no cree en la muerte de su antiguo maestro; no sabe adónde va, pero piensa —intuye—, como en otras ocasiones cuando habla de la muerte, que va hacia la luz, hacia la «divina lumbre» que espera al «alma» pura. Entonces Giner pronuncia estas palabras significantes: «los muertos mueren y las sombras pasan;/lleva quien deja y vive el que ha vivido». Como se dice en el texto en prosa, el primer verso significa que sólo muere lo falso, lo que no está de acuerdo con «la propia vida», es decir, con el alma. La frase «lleva quien deja» parece ex-

(24) «Don Francisco Giner de los Ríos», en «Antonio Machado: Antología de su prosa», I, op. cit., pp. 153-154.

presar la misma idea que Machado formula más tarde, al hablar del alma de don Blas Zambrano: el que deja su alma en el recuerdo de los otros, también se la lleva cuando muere. El significado de la segunda mitad del verso depende de la manera en que se interprete el verbo «vive»: si se entiende de acuerdo con la religión católica, significa que el alma sigue viviendo en el otro mundo, en el cielo divino; si se entiende más literalmente, sin embargo, significa que el que ha vivido antes ha vuelto a vivir en esta vida. Por eso no hay que perder el tiempo lamentando la ida de los muertos; es mejor seguir preparándose para la nueva vida que nos espera (25). Es significativo que Machado haya puesto estas palabras en boca de Giner. ¿Es esto lo que el profesor krausista enseñaba en la Institución Libre de Enseñanza? ¿Fue a causa de la influencia de don Francisco y otros maestros semejantes como Machado adquirió su interés en la filosofía oriental? Si fuera así, ayudaría a explicar por qué estas ideas están presentes en los primeros versos del poeta, antes de que empezara sus estudios filosóficos formales (26).

(25) La interpretación de Manuel Tuñós de Lara, para estos versos, es excelente: «Hay quien es sólo sombra en este mundo, aunque parezca vivir; ese se muere un día definitivamente porque no vivió nunca. El que ha vivido, «vive», es decir, sigue viviendo; se lleva algo porque deja; deja su obra y su espíritu. Ese espíritu hay que honrar con el trabajo y no con la lamentación»; «Antonio Machado, poeta del pueblo», Barcelona, Nova Terra, 1967, p. 114. No explica, sin embargo, qué quiere decir con la frase: «'vive', es decir, sigue viviendo».

(26) Quiero hacer constar aquí que he emprendido ciertas investigaciones sobre este punto que hasta la fecha no he podido terminar satisfactoriamente. Estas investigaciones han tratado tres temas principales: 1) la masonería y el pensamiento antiguo, incluyendo la idea de la reencarnación; 2) la relación entre Machado y la masonería; 3) las posibles relaciones entre la Institución Libre de Enseñanza y la masonería. Con respecto al primer tema, en «Reincarnation in World Thought» hay una sección sobre la masonería donde se dice que, aunque se permite a los masones individuales mucha libertad en sus creencias religiosas —sólo en algunas logias se exige una creencia en la existencia de Dios—, muchos estudiantes de la masonería, sobre todo en los grados superiores, han mostrado gran interés en la reencarnación (pp. 166-167). También he consultado dos libros sobre la masonería donde el autor expresa su propia creencia en un concepto de reencarnación y declara, además, que esta creencia es parte de la enseñanza masónica; véanse Lynn F. Perkins, «The Meaning of Masonry (New York, Exposition Press, 1960), pp. 124-125; y Joseph Earl Perry, «The Masonic Way of Life and Other Masonic Addresses» (Cambridge, Masonic Education and Charity Trust, 1968), pp. 85-86. En estos libros y también en otro por J. S. M. Ward —«Freemasonry, Its Aims and Ideals», London, Rider, 1923—, es clara también la relación entre las creencias masónicas y la antigua filosofía de Grecia y del Oriente. En cuanto al segundo tema de investigación, se sabe que Machado fue masón; véase el artículo de Emilio González López, citado por Joaquín Casaldueño, en «Machado, poeta institucionalista y masón», «La torre», XII, 45-46 (1964), pp. 100-102. Me ha notificado González López en una carta que Machado ingresó en el invierno de 1929-1930. No he podido averiguar si pertenecía a una de las logias que exigen una creencia en Dios. No sé si su padre era masón, pero lo habrá sido su abuelo, según el libro de Miguel Morayta «Masonería española: páginas de sus historia», re-editado por Mauricio Carlavilla (Madrid, Nos, 1956), pp. 341-342. El abuelo vivió con la familia de Machado hasta su muerte y también fue uno de los primeros colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza. Sobre el tercer tema, González López dice en su carta que eran masones don Nicolás Salmerón y don Hermenegildo Giner de los Ríos, pero no sabe si lo era don Francisco. En su libro sobre la Institución Libre de Enseñanza, Vicente Cacho Vlu dice que el mismo Krause fue masón, pero en cuanto a Giner y los otros profesores, cita opiniones contradictorias y dice

En *Nuevas canciones* Machado publica una segunda serie de «Proverbios y cantares» (CLXI), donde se encuentra el siguiente poema curioso:

*Señor San Jerónimo,
suelte usted la piedra
con que se machaca.
Me pegó con ella* (lxxiv, p. 283).

De este poema y varios otros de la misma serie, afirma Sánchez Barbudo: «son reflexiones banales que más parecen chistes... Hay bastante de estos poemillas cuyo sentido resulta oscuro; e incluso que, al parecer, carecen de sentido» (27). Lo único que en efecto puede decirse con seguridad del poema es que la piedra, con la que se machaca el santo, parece representar su ira destructiva contra algo desconocido que, de un modo u otro, incluye al poeta. Es sabido, sin embargo, que una de las grandes polémicas en la que participó San Jerónimo fue la que se dirigió contra Orígenes y su discípulo Rufino, y la causa fue la creencia de aquél en la teoría de la metempsicosis (28). Si es cierto que Machado creía en la reencarnación, el poema pierde su oscuridad y se hace completamente claro. Y no será la única vez que Machado emplea el humor para disfrazar sus pensamientos verdaderos.

El largo poema surrealista «Recuerdos de sueño, fiebre y durmivela» contiene otro pasaje curioso. Cuando el poeta baja a la entrada del otro mundo, conversa con Caronte, y le pide permiso para entrar en su barca y pasar a los infiernos. Entonces ocurre el diálogo siguiente (Caronte habla primero):

... *¿Idea no más?*
—*¿Hay vuelta?*
—*Sí.*
—*Pues ida y vuelta, ¡claro!*
—*Sí, claro... y no tan claro: eso es muy caro...* (pp. 365-366).

Sí, se entiende claramente que el poeta quiere salir del infierno y volver a esta vida. Lo que no entiende tan claramente es cómo puede ocurrir. Para entenderlo, no sirve el pensar lógico —«Sí, claro»— sino el pensar intuitivo —«y no tan claro»—.

que le es imposible llegar a una conclusión definitiva con respecto a la posible relación entre la Institución y la masonería; véase Vicente Cacho Viu, «La Institución Libre de Enseñanza» (Madrid, Rialp, 1962), pp. 59-60 y la nota pp. 218-219.

(27) Sánchez Barbudo, op. cit., pp. 366-367.

(28) Véase «Reincarnation en World Thought», op. cit., pp. 136-137; y «Reincarnation for the Christian», op. cit., pp. 62-84.

El último poema del *Cancionero apócrifo* es «Otro clima» (CLXXVI), poema altamente sugestivo de la idea de la reencarnación, donde Machado examina los problemas del individuo en una escala universal. Los primeros versos nos hacen pensar de nuevo en las diferentes vidas del alma: «¡Oh cámaras del tiempo y galerías / del alma, tan desnudas!» La existencia del alma se divide en una larga cadena de galerías separadas. Son galerías desnudas porque el alma pasa de una a otra sin llevar consigo el pesado equipaje de los cuerpos materiales; sólo se lleva «lo indefinible personal» y la esperanza de volver con esto a Dios un día. Siguen otros versos sugestivos:

*el tiempo lleva un desfile de auroras
con séquito de estrellas empañadas.
¿Un mundo muere? ¿Nace
un mundo? ¿En la marina
panza del globo hace
nueva nave su estela diamantina?
¿Quillas al sol la vieja flota yace?
¿Es el mundo nacido en el pecado,
el mundo del trabajo y la fatiga?
¿Un mundo nuevo para ser salvado
otra vez? ¡Otra vez! Que Dios lo diga... (p. 378).*

¿La existencia del mundo también es cíclica como la del individuo?
¿El mundo entero gira en la rueda de los renacimientos sucesivos?
Si no logró salvarse esta vez, a pesar de su trabajo y su fatiga, ¿el mundo tendrá otra oportunidad, y otra? Pero Dios no contesta, y el peregrino sigue su camino, viendo a lo lejos las señales de su destino: «Y un *nihil* de fuego escrito / tras de la selva huraña, / en áspero granito, / y el rayo de un camino en la montaña...» (p. 378). La montaña de piedra con su «*nihil*» marca los límites del mundo físico. Pero más allá hay un camino y unos puntos suspensivos. No se sabe, no se puede saber, hacia dónde va el camino, pero sin duda va «hacia la luz».

Siguen sin comentario otras tres poesías de las «Poesías sueltas», que Machado nunca publicó en libro donde, otra vez, el momento de la muerte contiene la promesa de nueva vida:

*Hay una mano de niño
dispersa en la tarde gris,
o en la tarde gris se borra
una acuarela infantil.
Otoño tiene en el sueño
un iris de abril.
... no sueñes más, cazador*